

Pablo, y el Padre Basilio Boggiero, maestro, amigo y consejero de Palafox. Dicen que á ese último le fueron á llamar á media noche, so color de encomendarle una misión importante, y luego que le tuvieron entre bayonetas, lleváronle al puente, donde le acribillaron, arrojándole después al río. Lo mismo hicieron con el cura Sas.

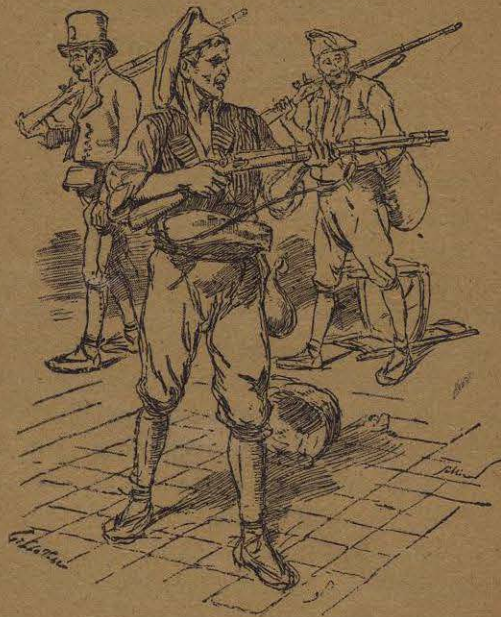
—Y nuestro protector y amigo D. José de Montoria, ¿no ha sido maltratado?

—Gracias á los esfuerzos del presidente de la Audiencia ha quedado con vida; pero me le querían arcabucear... nada menos. Á Palafox parece que le llevan preso á Francia, aunque prometieron respetar su persona. ¿Y qué me dices de la hombrada del mariscalazo Sr. Lannes?... Se necesita fresca para lo que él ha hecho... Pues nada más sino que mandó que le llevaran las alhajas de la Virgen del Pilar, diciendo que en el templo no estaban seguras... Nada, hijo... que se quedó con ellas. Para disimular, ha hecho como que se las ha regalado la Junta.»

Don Roque se detuvo para acompañarme, y luego partimos juntos. Después de restablecido continué la campaña de 1809, tomando parte en otras acciones, conociendo nueva gente, y estableciendo amistades frescas ó renovando las antiguas. Más adelante referiré algunas cosas de aquel año, así como lo que me contó Andrés Marijuán, con quien tropecé en Castilla cuando yo volvía de Talavera y él de Gerona.



GERONA



I

Relación de Andrés Marijuán :

«Entré en Gerona á principios de febrero del año 9, y me alojé en casa de un cerrajero de la calle de Cort-Real. Á fines de abril salí con la expedición que fué en busca de víveres á Santa Coloma de Farnés, y á los pocos días de mi regreso murió, á consecuencia de las heridas recibidas en el segundo sitio, aquel buen hombre que me había dado asilo. Creo que fué el 6 de

mayo, es decir, el mismo día en que aparecieron los franceses, cuando al volver de la guardia en el fuerte de la Reina Ana, encontré muerto al Sr. Mongat, rodeado de sus cuatro hijos que lloraban amargamente.

Hablaré de los cuatro huérfanos, que ya lo eran completamente por haber perdido á su madre algunos meses antes. *Siseta*, ó como si dijéramos, Narcisita, la mayor en edad, andaba cerca de los veintidós, y los tres varoncillos no sumaban entre todos igual número de años, pues *Badoret* (Salvadorillo) apenas llegaba á los once, *Manalet* (Manolín) no tenía más de siete, y *Gasparó* (Gaspar) empezaba á vivir, hallándose en el crepúsculo del discernimiento y de la palabra.

Cuando penetré en la casa y vi cuadro tan lastimoso, no pude contener mis lágrimas y me puse á llorar con ellos. Yo les amaba, y como mi buen humor y franca condición propendían á enlazar el alma de aquellos inocentes con la mía, en algunos meses de trato *Siseta* y sus tres hermanitos correspondían á mi cariño sincero. Cuando yo iba de guardia, bien á Montjuich, bien á los reductos del Condestable ó del Cabildo, los tres muchachos, incluso Gasparó, me seguían con sendas cañas al hombro, remedando con la boca el son de cajas y trompetas, ó relinchando al modo de caballos.

Como digo, al verles sin padre y en completa soledad y abandono, les consolé como pude, y al día siguiente, después que echamos tierra al buen cerrajero, tomé por la mano á *Siseta*, y llevándola á la cocina le dije:

«Durante cuatro meses he comido vuestro pan. Verdad que también os he dado el mío... Ahora, con la muerte del buen Mongat, os habéis quedado huérfanos... No importa... quiero decir: no hay que apurarse. Tú serás la madre de tus hermanos, y yo seré su padre,

porque... ya te lo he dicho, *Siseta*... he decidido ahorcarme contigo... más claro: nos ahorcaremos tú y yo delante de un altar.»

Oído este discursillo, *Siseta*, sin decir cosa alguna, entregóse al arreglo de los trastos míseros, y á ordenarlo todo y barrer la casa. Los chicos me rodearon al punto, corriendo precipitadamente á traer sus cañas, palos y demás aparatos de guerra, viéndome yo obligado, en razón de esta diligencia, á recomendarles gran celo en el servicio de la Patria y el Rey, pues bien pronto, si los franceses apretaban el cerco, Gerona necesitaría de todos sus hijos, aun de los más pequeñitos. Por último, después que durante media hora pusieron armas al hombro y en su lugar, cebaron, cargaron, atacaron é hicieron varias descargas imaginarias, pero que retumbaban en el angosto taller, les vi soltar las armas, decaído el marcial ardor, y volver á su hermana con elocuente expresión los ojos.

«¿Qué? — pregunté yo comprendiendo lo que significaba aquel mudo interrogatorio. — *Siseta*, ¿no hay que comer?»

Siseta, disimulando su emoción, registraba los negros andamios de una alacena, en cuyas cavernosas profundidades la infeliz se empeñaba en ver alguna cosa.

No necesité saber más. Corrí al cuartel á pedir que me adelantaran la ración del día siguiente, y con esto y siete cuartos que ahorrados tenía, saldriamos del paso. «Mañana Dios dirá.» Cuando yo estaba de vuelta con mi ración y mis cortos dineros, pasó por delante de la tienda el Sr. D. Pablo Nomdedeu, habitante en el piso superior de la casa, y trabamos conversación desmayada y triste sobre la escasez de vituallas que padecían los pobres gerundenses. Invitóme D. Pablo á subir con él á su casa, lo que acepté gustoso, porque me

agradaba platicar, con hombre tan erudito, de cosas de la guerra y del terrible asedio que nos esperaba.

Don Pablo Nomdedeu era médico. En el respetábamos al excelente vecino, al sabio y al hombre caritativo y bondadoso. Más avejentado que viejo se hallaba en aquellos días, por obra del estudio y de los pesares. Vivía en apacible medianía, consagrado fuera de casa al trato facultativo de los enfermos del hospital, dentro á las prolijas atenciones y exquisitos cuidados que ponía en su hija única, enferma de doloroso, incurable mal. Era Josefina una belleza consumida, un ángel marchito en la flor de la edad. De una fuerte y pavorosa impresión provenía su desorden nervioso y la irreparable turbación de su espíritu. Estaba sorda y alelada. «Su existencia, que ha venido á ser de plomo—decía D. Pablo,—pende de una hebra de seda.»

Según consta en un *Diario* escrito por el Doctor Nomdedeu, y que luego vino á parar á mis manos, el trastorno y grave dolencia de la señorita databan del año anterior, relacionándose fatídicamente con un ruidoso hecho histórico. Ruidoso lo llamo, porque fué el bombardeo de Gerona por el General Duhesme, que, al acercarse á la plaza, se dejó decir estas arrogantes palabras: *El 24 llego, el 25 ataco, el 26 la tomo, y el 27 la arraso*. El hombre que tales bravatas decía, igualándose á César, era forzosamente un necio. Llegó en efecto, y atacó, pero no pudo tomar ni arrasar cosa alguna como no fuese su propia soberbia. Víctima del bombardeo fué la familia de mi D. Pablo en las circunstancias horripilantes que voy á referir.

Vivía entonces la familia en la calle de la Neu, cerca de la plaza. Un día en que los franceses redoblaron el mortífero fuego contra la ciudad, el buen D. Pablo, creyéndose más seguro cuanto más lejos del techo estuviera, se instaló en el portal de la casa, y allí se

hizo servir la comida. Acompañábanle Josefina y el prometido de ésta, su primo Anselmo Quixols. Á medio comer, una granada penetró por la techumbre, y horadando tablas y cielo-rasos, cayó en el portal, donde estalló con horrible estruendo, causando estragos espantosos. Anselmo quedó muerto en el acto; el criado fué mortalmente herido; el ama de llaves, *Señora Sumta*, también, aunque sin gravedad; D. Pablo recibió un golpe; sólo Josefina resultó ilesa en apariencia. ¡Pero qué trastorno en su organismo, qué desquiciamiento, qué perturbación en su pobre alma!

La horrenda explosión, el súbito peligro, la muerte de su primo y futuro esposo, el riesgo de que ardiera toda la casa, hirieron con golpe tan rudo la débil naturaleza de Josefina, que desde entonces ya no fué la graciosa señorita discreta y amable, sino un ser lastimoso, que se aniquilaba entre el dolor y la melancolía. Los cuidados del padre lograron atenuar en ella el desorden epiléptico, los aplanamientos con demencia tranquila. Cuando yo la conocí, Josefina era un alma doliente y tristísima encerrada en la menor cantidad posible de materia. Mostrábase á veces su inteligencia con repentinos fulgores que se iban apagando, hasta llegar á una obscuridad casi completa. Pasaba los días la interesante inválida en un sillón junto á la ventana, dejándose acariciar por los rayos del sol. En su falda ponía D. Pablo los libros que había de leer: *Don Quijote, Gil Blas...* Á su lado tenía una mesilla con papel y pluma, pues estaba enteramente sorda, y por medio de la escritura se comunicaba con su padre. Todo el empeño de éste era convencerla de que vivíamos en un mundo de delicias, que Gerona era toda paz, abundancia y alegría, que no había guerra, ni bombas, ni tiros de fusil y cañón, que Francia no pensaba en conquistarnos, y que el Imperio Napoleó-

nico no existía ya más que en la Historia. Con el ardor de estas sutiles ficciones trataba el buen D. Pablo de sostener á su enfermita en un equilibrio nervioso y mental indispensable para la existencia, pues en cuanto la pobre olía guerra, ó sospechaba bombas, ó veía en los rostros inquietudes y cavilaciones, recaía en sus violentos espasmos.

II

Aquella mañana la vi comer. Don Pablo le presentaba los mejores manjares para que no se enterase de la escasez de abastecimientos. De sobremesa se entretuvo en una fácil labor de punto, y en tanto el doctor y yo nos apartamos al otro lado de la estancia para charlar á hurtadillas del grave asunto de la guerra. «Los franceses están ya sobre Gerona—dije yo;—esta mañana les hemos visto en los altos de Costa Roja. Aquí dentro no somos más que cinco mil seiscientos hombres, que no son bastantes para defender la mitad de los fuertes. Si Zaragoza, que tenía dentro de murallas cincuenta mil hombres, ha caído al fin en poder del francés, ¿que hará Gerona con cinco mil seiscientos?»

—Ya serán algunos más — dijo Nomdedeu paseándose por la habitación con inquietud nerviosa.—Todos los vecinos de Gerona toman las armas, y hoy mismo se están alistando en el claustro de San Félix las ocho compañías que han de componer la *Cruzada gerundense*. También se está formando hoy el batallón de señoras, de que es Coronela D.^a Lucía Fitz-Gerard: ¿la conoces? En verdad te digo, amigo Andrés, que en medio de la pena que causa la guerra, se alegra uno viendo los belicosos preparativos que tanto enaltecen al vecindario de esta ciudad.»

Mientras esto decíamos, expresándonos uno y otro

con bastante exaltación, Josefina fijaba en nosotros los ojos sorprendida y alarmada. Advirtiéndole su padre, y volviéndose á ella, la tranquilizó con ademanes y sonrisas cariñosas, diciéndome:

«La pobrecita ha comprendido que estamos hablando de la guerra. ¡Esto le causa un terror...!»

Y cogiendo la pluma, escribió:

«Hija mía, no tengas miedo. Hablábamos de las bandadas de palomas que vió ayer Andrés en Pedret. Dice que mató todas las que quiso, y que te traerá un par esta tarde. No, no temas, niña mía, no habrá más sitios en Gerona. Hemos hecho paces con la Francia. Veremos si mañana puedes salir á dar un paseo por Mercadal. Iremos á Castellá la semana que entra. ¡Dice nostramo Mansió que están los rosales tan cargados de rosas...! ¿Pues y los cerezos? Este año habrá tanta cereza, que no sabremos qué hacer de ella.»

Luego que esto escribió, volvióse á mí el Sr. D. Pablo, y procurando disimular su aflicción, me dijo:

«De este modo la voy engañando, para apartar de su ánimo la tristeza. ¡Si ella supiera que mi casa de campo con todas las plantas y animalitos que allí tenía no existe ya!... Los franceses no han dejado piedra sobre piedra. ¡Pobre de mí! Rodeado de infortunios, amenazado, como todos los gerundenses, de los horrores de la guerra, del hambre y de la miseria, tengo que fingir junto á esta niña infeliz un bienestar y una paz que están muy lejos de nosotros.»

La pobre enferma, que aunque no estaba privada del uso de la palabra, prefería comunicarse por la escritura, tomó la pluma, y con rapidez nerviosa trazó lo siguiente:

«Andrés hablaba de batallas.

— ¡No, no, señorita Josefina! — exclamé yo á gritos, pues es costumbre instintiva alzar la voz delante de

los sordos, aun sabiendo que éstos no pueden oírlos.

— Precisamente — escribió D. Pablo, — ahora me estaba diciendo que le van á dar la licencia, porque ya no se necesitan soldados. ¡Gracias á Dios que se han acabado esas malditas guerras!... Hija mía, ¿por qué no sigues tu lectura?»

Y puso en manos de su hija el tomo de la Primera parte del *Quijote*, el cual abrió ella por donde lo tenía marcado, comenzando á leer tranquilamente.

Por la noche, cuando volví á mi alojamiento después de hacer la guardia en la Torre Gironella, Siseta, contestando á mi pesimismo con apreciaciones festivas y lisonjeras, se dejó decir que los franceses no se atreverían á poner cerco á la plaza.

«¡Qué se han de atrever! — exclamé yo con risueña ironía. — Nos tienen mucho miedo. Sube mañana conmigo á la Torre Gironella, y verás los mosquitos que andan en el horizonte, allá por Levante y Mediodía. Franceses en San Medir, Montagut y Costa Roja; franceses en San Miguel y en los Ángeles, y por variar, franceses en Montelibi, Pau y el llano de Salt. Ya verás, prenda mía. Aquí somos cinco mil seiscientos hombres que no bastan para empezar, y tenemos unas murallitas... ¡qué obras, válgame Dios! Da miedo verlas. Figúrate que cuando los lagartos corren por entre las piedras, éstas se mueven y dan unas contra otras. No se puede hablar recio junto á ellas, porque con el estremecimiento del sonido se caen.»

La señora *Sumta* (Asunción), ama de gobierno de D. Pablo Nomdedeu, que solía bajar á darnos conversación en sus ratos de ocio, metió su hocico en nuestro diálogo, diciendo:

«Tiene razón Andrés. Las murallas de los fuertes parecen una almendrada hecha con azúcar sin punto. Mi finado, que de Dios goce, y que hizo la campaña del

Rosellón contra la República de la Francia, me dijo varias veces: «Lo de menos será la piedra, con tal que haya hombres de pecho y un buen español que sepa mandarlos.» ¿Y qué me dice usted, amigo Marijuán, de ese encanijado Gobernador que nos han puesto?

— Don Mariano Álvarez de Castro. Este fué el que no quiso entregar á los franceses el Montjuich de Barcelona. Dicen que es hombre de mucho temple.

— Pues no lo parece — observó la señora Sumta. — Cuando nos mandaron acá este sujeto en febrero y le vi, al punto le diuté por poca cosa. ¿Qué se puede esperar de quien tan poco levanta del suelo? El otro día pasó junto á mí, y... créalo usted, no me llega al hombro. ¿Le ha visto usted la cara? Es amarillo como un pergamino viejo, y parece que no tiene sangre en las venas. ¡Qué hombres los del día!

— Señora Sumta — dije riendo, — cuando los generales tengan un oficio semejante al de las amas de cría, podremos renegar de los que sean flacos, amarillos y encanijados.

— No, Andresillo, no digo eso — replicó la matrona. — Lo que digo es que sin presencia no se puede mandar. Considera tú: cuando una ve á D.^a Lucía Fitzgerald, Coronela del *Batallón de Santa Bárbara*; cuando una ve aquellas carnes, aquel andar imponente, dan ganas de correr tras ella á matar franceses.»

La señora Sumta era una tarasca formidable. Su hombruno temperamento la llamaba al terreno de la gloria militar. No tardó en alistarse en el Batallón mandado por D.^a Lucía, y había que verla por las calles y aun en la muralla, armada de fusil, con marcial donaire y actividad oficiosa, metiendo sus narices en el peligro, en la gloria misma. ¡Qué mujer!

El 13 de junio, si no estoy trascordado, rompieron los franceses el fuego contra la plaza, después de inti-

mar la rendición por medio de un parlamentario. Estaba yo en la Torre de San Narciso, junto al barranco de Galligans, y oí la contestación de D. Mariano, el cual dijo que recibiría á metrallazos á todo francés que en adelante volviese con embajadas.

Bombas y más bombas arrojaron hasta el día 25, y quisieron asaltar las torres de San Luis y San Narciso, que destrozaron completamente, obligándonos á abandonarlas el 19. Fuera de esto, no hubo hechos de armas de gran importancia hasta principios de julio, cuando los dos ejércitos principiaron á disputarse rabiosamente la posesión de Montjuich. Los franceses confiaban en que con este castillo lo tendrían todo. ¿Creeréis que sólo había dentro del recinto novecientos hombres, que mandaba D. Guillermo Nash? Los imperiales habían levantado varias baterías, entre ellas una con veinte piezas de gran calibre, y sin cesar arrojaban bombas y granadas á los del castillo. Por cuatro veces asaltó el enemigo, hasta que en la última dijo «ya no más», y se retiró, dejando sobre aquellas peñas la bicoca de dos mil hombres entre muertos y heridos.

En todo el mes de julio siguieron los franceses haciendo obras para aproximarse á la plaza, y viendo que no la podían tomar á viva fuerza, ponían su empeño en impedir que nos entraran víveres. De este plan comenzaron á resentirse los ya alarmados estómagos.

De los malos ratos que ocasionaba la escasez nos defendíamos sin gran trabajo Siseta y nuestros pobres chiquillos. La Providencia y nuestra sobriedad nos salvaban. Pero en la casa del santo y mártir don Pablo Nomdedeu no podían sortearse tan fácilmente los rigores del hambre. Imaginad las ficciones de que tendría que valerse el infeliz señor para engañar á su hija en cosa tan delicada como el sentido del gusto y

las sutilezas del paladar. Se falsifica un alimento; pero en la calidad, y menos en la cantidad, no caben disfraces ni supercherías. Una tarde que le visité, D. Pablo, casi con lágrimas en los ojos, me dijo:

«Andrés de mi alma, ya sé que se espera en Gerona un convoy de víveres traído por el General Blake. ¿Has oído tú algo de esto? Á mí me lo ha dicho el propio Intendente, D. Carlos Beramendi, aunque también me manifestó que dudaba pudiera llegar felizmente aquí. Parece que en Olot tenemos dos mil acémilas, y se ha combinado que salga de aquí D. Blas de Fournás con alguna fuerza para distraer á los franceses. ¡Oh, si esto ocurriera pronto y nos trajeran harina fresca y alguna carne...! Si no, dudo que nos libremos de una horrorosa epidemia... ¡Dios mío! Yo no quiero nada para mí: me contentaré con tomar en la calle un hueso crudo de los que se arrojan á los perros, y roerlo; pero que no falte á mi inocente y desgraciada enfermita un pedazo de pan de trigo y una hila de carne. Y hablando de otra cosa, amigo Andrés, dicen que al fin tendrá que rendirse Montjuich.

— Así parece, Sr. D. Pablo. El Gobernador ha ofrecido premios y grados á los cuatrocientos hombres que le quedan á D. Guillermo Nash; pero, con todo, parece que no pueden resistir más tiempo. Si esos desgraciados se sostienen una semana, será preciso creer que San Narciso hace un milagro más prodigioso que el de las moscas, ocurrido seiscientos años ha.»

III

Rindióse Montjuich á los dos días de ocurrir lo que llevo referido. ¿Qué podían hacer aquellos cuatrocientos hombres que habían sido novecientos y ya caminaban á no ser ninguno? El 12 de agosto la guarnición

del castillo se redujo á unos trescientos hombres. La enfermería era el reino del dolor, la plaza de armas el reino de la muerte, y Álvarez sostenía que aún cabía defenderse. Quería que todos fuesen como él, es decir, hombre para atacar y estatua para sufrir; pero de la pasta de D. Mariano, Dios había hecho á D. Mariano, y después dijo: «Basta, ya no haremos más.»

Se rindió el castillo después de clavar los pocos cañones que quedaron útiles, y por la tarde de aquel día vimos desfilár á la que había sido guarnición, marchando la mayor parte al hospital. Todos quisimos ver á Luciano Anció, el tambor que, después de haber perdido una pierna entera y verdadera, siguió largo tiempo señalando con redobles la salida de las bombas; pero Luciano Anció había muerto, sacudiendo el parche mientras tuvo los brazos pegados al cuerpo.

Los franceses no esperaron al día siguiente para combatir la ciudad, que á la mano se les venía, una vez poseída la gran fortaleza, y desde la misma noche empezaron á levantar baterías por todos lados. Tanta prisa se dieron, que en pocos días alcanzamos á ver muchísimas bocas de fuego por arriba, por abajo, por la montaña y por el llano, contra las muralla de San Cristóbal y Puerta de Francia. El Gobernador, que harto conocía la flaqueza de aquellos muros de mazapán, dispuso que se ejecutaran obras como las de Zaragoza: cortaduras por todos lados, parapetos, zanjas y espaldones de tierra en los puntos más débiles.

Mujeres y ancianos trabajaban en esto, y yo me llevé á la plaza de San Pedro á mis tres chiquillos, que metían mucho ruido sin hacer nada. Por la noche regresaron á su casa completamente perdidos de suciedad y con los vestidos hechos jirones.

Siseta se enojó viéndoles tan derrotados, y quiso pegarles; pero yo la contuve diciendo:

«Han ido al trabajo porque así lo ordenó el Gobernador D. Mariano Álvarez de Castro. Son los tres muy buenos patriotas, y si no es por ellos, creo que no se hubiera acabado hoy la cortadura que cierra el paso de la calle de la Barca. ¿Ves? Esa pella de fango que tiene Gasparó en la cabeza, es porque quiso también meter su cucharada, y subiendo al parapeto, rodó después hasta el fondo de la zanja, de donde le sacaron con una pala... ¿Ves este verdugón que tiene Manalet en el carrillo y en la sien derecha? Pues fué porque se acercó demasiado al Gobernador cuando éste iba con el Intendente y toda la Plana Mayor á examinar las obras. Estas criaturitas, no contentas con verle de cerca, se metían en el corrillo, enredándose entre las piernas de D. Mariano en términos que no le dejaban andar. Un ayudante les espantaba; pero volvían, como las moscas de San Narciso, hasta que al fin, cansados del juego, los oficiales empezaron á repartir bofetones, y uno de ellos le cayó en la cara á tu hermano Manalet.»

— ¡Ay, qué chicos éstos! — exclamó Siseta solfeándoseles. — Otros desean que se acabe el sitio para poder vivir, y yo quiero que se acabe para que haya escuela.»

Continuaron después de esto los sufrimientos ocasionados por la falta de víveres. La carne de caballo era un regalo en ciertos días; en otros, los aldeanos que lograban introducir nabos, coles ó algún conejo, eran recibidos en palmitas. La señora Sumta, que andaba por calles y fortificaciones, canana al cinto y fusil al hombro, recogía lo mejor que encontraba para llevarlo á la niña de Nomdedeu; yo me acordaba de Siseta y mis chicos siempre que al alcance de mi mano y de mi pobre bolsillo veía cosa comestible, siquiera fuese un hueso mal guarnecido de carne, un puñado

de nueces fallidas ó un trozo de pan negro y correoso. Así pasaban días y días, y á los males propios del sitio se unió el rigor de la calurosa estación para hacernos más penosa la vida. Ocupados todos en la defensa, nadie se cuidaba de los inmundos albañales que se formaban en las calles, ni de los escombros, entre cuyas piedras yacían olvidados cadáveres de hombres y animales. ¡Qué mes de agosto, Santo Dios! Nuestra vida giraba sobre un eje cuyos dos polos eran batirse y no comer. En las murallas era preciso estar constantemente haciéndolo fuego, porque la cortedad de la guarnición no permitía relevos, además de que el Gobernador, como enemigo del descanso, no nos dejaba descabezar un mal sueño. Allí no dormían más que los muertos.

Por fin, Dios y el bendito San Narciso permitieron que llegase el socorro que por tanto tiempo habíamos vanamente esperado. ¡Qué loca alegría! ¡Qué frenesí produjo en los habitantes de Gerona la llegada del convoy! Todo el pueblo salió á la calle al rayar el día para ver las mulas, y si hubieran sido seres inteligentes aquellos cuadrúpedos, no se les habría recibido con más cariñosas demostraciones, ni con tan generosa salva de aplausos y vítores.

Aquel día y los siguientes reinó en la plaza gran satisfacción, y hasta nos hostilizaron flojamente los franceses. En cuanto á los auxilios, pasada la impresión del primer instante, todos caímos en la cuenta de que los mismos que nos los habían traído nos los quitarían, porque reforzada la guarnición con los cuatro mil hombres de Conde, éstos nos ayudaban á consumir los víveres. ¡Funesto dilema de todas las plazas sitiadas! Pocas bocas para comer dan pocos brazos para pelear. Gran número de brazos trae gran número de bocas.

Desde aquellos días hasta el 15 de septiembre, en que

D. Mariano dispuso una salida atrevidísima, no se habló más que de los preparativos para el gran esfuerzo, y todos hablaban de las hazañas que pensaban realizar, peligros que soportar y dificultades que acometer, con febril y romántica inquietud como si aguardasen una fiesta.

La salida del 15 no dió otro resultado que envalentonar á los franceses, que deseosos de poner fin al cerco tomando la ciudad, se nos echaron encima el día 19, asaltando la muralla por distintos puntos con cuatro formidables columnas de á dos mil hombres. En Gerona fueron tan grandes aquella mañana el entusiasmo y la ansiedad, que hasta nos olvidamos de que nuevamente nos faltaba un pedazo de pan que llevar á la boca.

Los soldados conservaban su actitud imperturbable y serena; pero en los paisanos advertí cierta enajenación, algo como embriaguez, que no era natural antes del triunfo. Los frailes, echándose en grupos fuera de sus conventos, iban á pedir que se les señalase el puesto de mayor peligro; los señores graves de la ciudad, entre los cuales los había que databan del segundo tercio del siglo anterior, también discurrían de aquí para allí con sus escopetas de caza, y revelaban en sus animados semblantes la presuntuosa creencia de que ellos lo iban á hacer todo. Las damas del batallón de Santa Bárbara no se daban punto de reposo, anhelando probar con sus incansables idas y venidas que eran el alma de la defensa.

Las monjas abrían de par en par las puertas de sus conventos, rompiendo á un tiempo rejas y votos; disponían para recoger á los heridos sus virginales celdas, jamás holladas por planta de varón. Dentro de las iglesias ardían mil velas delante de mil santos; mas no había divinos oficios, porque los sacerdotes, lo mismo

que los sacristanes, estaban en la muralla. Toda la vida, en suma, desde lo religioso hasta lo doméstico, habíase alterado, y la ciudad no era la ciudad de otros días. Ninguna cocina humeaba, ningún molino molía, ningún taller funcionaba, y la interrupción de lo ordinario era completa en toda la línea social, desde lo más alto á lo más bajo.

Las campanas tocaban á somatén, ocupándose en este servicio los chicos del pueblo por ausencia de los cam-



paneros, y el cañón francés empezó desde muy temprano á ensordecer el aire. Los tambores recorrían las calles repicando su belicosa música, y los resplandores de los fuegos parabólicos comenzaron á cruzar el cielo. Todo estaba perfectamente organizado, y cada uno fué derecho á su sitio, no necesitando pre-

guntar á nadie cuál era. Sin que sus habitantes salieran de ella, la ciudad quedó abandonada, quiero decir, que ninguno se cuidaba de la casa que ardía, del techo

desplomado, de los hogares á cada instante destruídos por el horrible bombardeo. Las madres llevaban consigo á los niños de pecho, dejándolos al abrigo de una tapia ó de un montón de escombros, mientras desempeñaban la comisión que el femenino instituto de Santa Bárbara les encomendara.

IV

Yo estaba en Santa Lucía, donde teníamos mucha tropa y paisanos. Era nuestro jefe un irlandés llamado D. Rodulfo Marshall, que había venido á España sin que nadie le trajese, sólo por gusto de defender nuestra santa causa. Aventurero ó no, Marshall, por lo valiente, debió haber sido español. Era rozagante, corpulento, de faz arrebolada y mirar encendido, algo semejante al de D. Juan Coupigny que vimos en Bailén. Hablaba mal nuestra lengua; pero aunque algunas de sus palabrotas nos causaban risa, decíalas con la suficiente claridad para ser entendidas, y nada importaba que destrozara el castellano con tal que destrozase también á los franceses, como lo hizo en varias ocasiones.

Habíais de ver el empuje de las columnas imperiales. Parecían manadas de famélicos lobos, cuyo objeto no era vencernos, sino comernos. Se arrojaban ciegos sobre la brecha, y allí de nosotros para taparla. Dos veces entraron por ella dispuestos á echarnos de la cortina; pero Dios quiso que nosotros les echásemos á ellos. ¿Por qué? ¿De qué modo?... Esto es lo que no sabré contestaros si me lo preguntáis... Sólo sé que á nosotros no nos importaba nada morir, y con esto tal vez está dicho todo... Don Mariano se presentó allí. No creáis que nos arengó hablándonos de la gloria y de España y el Rey. Nada de eso. Púsose en primera línea,

descargando sablazos contra los que intentaban subir, y al mismo tiempo nos decía: «Las tropas que están detrás tienen orden de hacer fuego contra las que están delante, si éstas retroceden un solo paso.» Su semblante ceñudo nos causaba más terror que todo el ejército enemigo. Como algún jefe le dijera que no se acercase tanto al peligro, respondió: «Ocupese usted de cumplir su deber, y no se cuide tanto de mí. Yo estaré donde convenga.»

Los soldados enemigos morían como moscas al pie de la brecha; pero de los nuestros caían también por docenas. La pérdida más sensible fué la del jefe don Rodulfo Marshall. Tengo la gloria de haberle recogido en mis brazos en el mismo boquete de la brecha, y no se me olvidará lo que dijo poco después, tendido en la calle, en el momento de expirar: «Muero contento por causa tan justa y por nación tan brava.»

Cuando esto pasó, ya los franceses indicaban haber desistido de entrar en la ciudad por aquella parte. Y hacían bien, porque estábamos cada vez más decididos á no permitirlo. Si á tiros no lográbamos contenerlos, los acuchillábamos con fiereza; y como esto no bastara, aun teníamos á mano las piedras de la muralla para arrojarlas sobre sus cabezas. Cuando la tremenda función de Santa Lucía terminaba, no nos veíamos unos á otros; el polvo y el humo formaban densa atmósfera en toda la ciudad y sus alrededores, y el estruendo que hacían las doscientas piezas de los franceses vomitando fuego por diversos puntos, á ningún ruido de máquinas de la tierra ni de tempestades del cielo era comparable. La muralla estaba llena de muertos, que pisábamos inhumanamente al ir de un lado para otro, y entre ellos algunas mujeres intrépidas espiraban confundidas con los soldados y patriotas.

De pronto, veo venir un chico que se me acerca ha-

ciendo cabriolas, esgrimiendo un palo en cuya punta flotaba el último jirón de una barretina. Era Manalet.

«¿Dónde has estado?—le pregunté.—Corre á tu casa; entérate de si tu hermana ha tenido novedad, y dile que yo estoy sano y bueno.

—Yo no voy ahora á casa. Me vuelvo á San Cristóbal.

—¿Y qué tienes tú que hacer allí, en medio del fuego?

—La barretina tiene tres balazos—respondió con infantil orgullo, mostrándome el gorro hecho trizas.—Cuando la agujerearon las balas la tenía yo puesta en la cabeza. No creas que estaba en el palo, Andrés. Después la puse aquí para que la gente la vea toda llena de agujeros.

—¿Y tus hermanos?

—Badoret ha estado en Alemanes. Yo estaba en San Cristóbal: un soldado me dijo que se le habían acabado las balas, y que le llevara huesos de guinda; pues le llevé más de veinte, Andrés.

